

José Gaos y José Medina Echavarría, la vocación intelectual*

Andrés Lira

EN 1963, DURANTE MIS ÚLTIMOS CURSOS en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, leí algunos textos de José Medina Echavarría. Nunca lo conocí: había salido definitivamente de México en 1946. Tiempo después, al vincularme a El Colegio de México, conocí a José Gaos, quien solía lamentar la remota salida de Medina: sus estudios de sociología del conocimiento —decía Gaos— hubiesen beneficiado enormemente a la historia de las ideas en este país. Gaos hablaba de Medina Echavarría con familiaridad (habían sido compañeros en el bachillerato y en los primeros años de facultad en Valencia) y acostumbraba señalar algunos puntos de discrepancia con él. Pero al lado de esas diferencias apuntaban siempre características comunes. Aquella fue una amistad dinámica, en armonía y contrapunto.

1. Mocedades

José Gaos nació en Gijón el 27 de diciembre de 1900; José Medina Echavarría, el 25 de diciembre de 1903, en Castellón de la

* Conferencia pronunciada el 20 de abril de 1981, durante la celebración del XL Aniversario de El Colegio de México. Se repitió en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) el 10 de junio de 1981. Se publicó en *Vuelta* (núm. 72, México, noviembre de 1982). Agrego ahora algunas notas que no aparecieron entonces y aprovecho la ocasión para agradecer a Enrique Krauze sus valiosas sugerencias para que hiciera de aquella charla este artículo.

Plana. Ambos hicieron estudios de humanidades. Gaos los inició en la Universidad de Valencia y los concluyó en Madrid, donde obtuvo la licenciatura y el doctorado en filosofía en 1923 y 1928. Medina estudió derecho en la Universidad de Valencia y allí se licenció en 1924; los dos años siguientes estudió filosofía en Madrid y se doctoró en 1930. Ambos publicaron sus tesis doctorales y fueron "lectores" de español en universidades francesas (especie de noviciado por el que solían pasar los jóvenes que, después de concluir sus estudios en España, pensaban dedicarse a la vida académica). Para estudiar filosofía en Alemania, Medina fue pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de Madrid en 1931. Gaos aprendió alemán y estudió filosofía alemana en España. Ambos ganaron oposiciones a cátedras: Gaos, de filosofía en Zaragoza y más tarde en Madrid, Medina, de filosofía del derecho en Murcia. Aparte de sus cátedras desempeñaron otras labores docentes, de consulta, consejo editorial y organización de planes de estudio en sus respectivas materias. Además de impartir cursos y conferencias, los dos participaron en una inmensa labor de traducción de obras de filosofía alemana al castellano, recogiendo las que consideraban indispensables en sus empeños docentes y de investigación.¹

Como escritores se caracterizan por la calidad y claridad en las traducciones. Al mismo tiempo, por un estilo difícil en sus escritos originales. Emplean una puntuación complicada, periodos dependientes, frases largas. Estilos que reflejan un proceso de pensamiento, más que un orden de exposición.

2. En el claustro

Dos vidas paralelas que se siguen en constante equidistancia, aunque no en el número de obras traducidas, cursos y escritos originales. Gaos, dedicado desde un principio y plenamente a la filosofía, llevaba ventaja: la filosofía era campo abierto. Por su parte, Medina halló en la filosofía del derecho una tradición académica estrecha y empobrecida, escasa en posibilidades y proyectos fértiles. Esa insatisfacción lo condujo a la sociología,

¹ Archivo de El Colegio de México (en adelante ACM), expedientes de José Gaos (exp. 155) y de José Medina Echavarría (exp. 277).

materia de un curso que dictó en el año de 1934 en la Universidad de Madrid, y sobre el cual preparó un libro, *Introducción a la sociología contemporánea*, que entregó a la imprenta en 1936, pero que no salió a la luz pública debido a la rebelión militar contra la República Española (ya en México, Medina retomaría este texto). En junio de ese mismo año de 1936, Medina se disponía a estudiar sociología en Inglaterra y Estados Unidos, becado por la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de Madrid, pero estalló la guerra civil y tuvo que suspender sus proyectos.²

Al dejar su cargo don Fernando de los Ríos, Gaos fue designado Rector de la Universidad de Madrid en septiembre de 1936. El gobierno de la República se trasladó a Valencia y comisionó a Gaos como representante en la Exposición Internacional de París en 1937. De París se fue a Cuba, también comisionado por el gobierno español para conseguir apoyos a la causa republicana, y de Cuba pasó a México en agosto de 1938. Para octubre de ese año, cobraban ya fama sus conferencias y proyectos académicos que se formalizarían al año siguiente, al cancelarse la posibilidad de regreso a una España republicana. La actividad política de Gaos se había limitado a la redacción de proyectos para la reforma de la enseñanza primaria, secundaria y superior (aprobados por las autoridades de la República Española), a su participación ciudadana como votante en las elecciones que se abrieron con el régimen republicano, y a su filiación y cotización económica en el Partido Socialista y la Unión de Trabajadores de la Enseñanza. Alguna vez, por indicaciones de su maestro José Ortega y Gasset, llegó a aceptar —infructuosamente— la candidatura de diputado a las Cortes por Zaragoza. Finalmente, rechazó otros ofrecimientos para figurar en las planillas de su partido.³

Además de profesor y miembro de varios cuerpos académicos, Medina Echavarría había sido Oficial Letrado por oposición al Congreso de los Diputados (de 1932 a 1937). En 1938, fue nombrado Encargado de Negocios de España en Varsovia, cargo

² En el ACM. exp. 277, se encuentran los *curricula* de José Medina Echavarría. Uno escrito al poco tiempo de su llegada a México y otro, hacia 1946. Sobre la insatisfacción de Medina como catedrático de filosofía del derecho véase J. Medina Echavarría, *Panorama de la sociología contemporánea*, México, La Casa de España en México, 1940, p. 8.

³ ACM. exp. 155. Entre otros muchos documentos interesantes, contiene dos manuscritos de José Gaos en los que da noticia de sus actividades profesionales y de su participación en la República. Parecen redactados a su llegada a México.

que, según parece, desempeñó hasta principios de 1939.⁴ Poco sabemos respecto a su salida rumbo a América. Un profesor mexicano amigo suyo nos informó que el primer plan de Medina había sido radicar con su familia en Cuba ya que su madre era cubana.⁵ Finalmente se decidió por México. Llegó en mayo de 1939. En junio ya había definido proyectos de cursos de sociología y psicología social (hemos visto los apuntes que hizo en el papel membretado del Hotel Montejo de la ciudad de México, donde se alojó los primeros días de su llegada). Más tarde, aparecen las facturas de libros adquiridos a indicación suya por La Casa de España en México: obras en alemán, en francés, en italiano y en portugués que consideraba indispensables.⁶

Sobre el fondo común del quehacer intelectual constante, existía una clara diferencia entre los dos amigos: para Gaos, los cargos administrativos habían venido por añadidura a su trabajo académico, mientras que Medina participaba en ellos deliberadamente. Había en Medina una vocación política que le hacía ver estrecho el campo académico; las materias que prefiere enseñar en las aulas versan sobre actividades que ocurren fuera de ellas, en la plaza pública. Medina encaminaba sus pasos a la vida pública cuando sobrevino la violenta expatriación. Al perder su suelo político tuvo que volver al encierro de la vida académica. Sin buscarlo intencionalmente, ya en plena madurez y durante su estancia en México, volvió a acercarse a su compañero de juventud. A partir de entonces, la nota dominante en ambas existencias sería la reflexión metódica, la construcción de programas para continuarla y para hacer que otros, dentro del claustro, participaran también de ella.

A Gaos y Medina los caracterizó siempre una definición consciente de sus vidas como intelectuales, como pensadores y críticos de la sociedad y la cultura de su tiempo. Ambos emprendieron con entusiasmo y originalidad cursos más o menos rutinarios en los *curricula* de escuelas y facultades universitarias. Sus programas de bibliografías se publicaron para el beneficio de un

⁴ ACM. exp. 277. Documentos citados en la nota 2.

⁵ El doctor Juan Pérez-Abreu de la Torre (Campeche, 1886-México, 1978), profesor de sociología en la Facultad de Derecho de la UNAM, trató a Medina Echavarría y le sucedió en esa cátedra. Fue don Juan Pérez-Abreu de la Torre quien, en 1964, durante ciertas conversaciones, apuntó la comparación entre Gaos y Medina Echavarría que he desarrollado en este trabajo.

⁶ Los testimonios se encuentran en ACM. exp. 277.

público amplio, quizá más esperado que efectivamente interesado. Horarios ingratos —como el que se le impuso a Medina para el curso de sociología en la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional a las 7 de la mañana— fueron puntualmente satisfechos, pese al desvelo que imponía la verdadera labor, la de investigación y *aggiornamento*. Ambos rechazaron sueldos por trabajos fuera de la institución a la que pertenecían y, en la época de vacas flacas de El Colegio de México, soportaron recortes sustanciales de salario.⁷

La apasionada satisfacción de la vida intelectual compensaba la austeridad. En esas vidas paralelas no había lugar para otros contrapuntos que aquéllos a los que condujera la propia integridad intelectual. Las diferencias comenzaron a aparecer durante los años de la segunda guerra mundial, acontecimiento en el que ambos tenían un interés personal: la Guerra Civil española había sido su preludeo.

3. “Dios nos libre de las ciencias sociales”

La primera discrepancia entre ellos se hizo evidente indirectamente. Ocurrió a mediados de 1941, a raíz de la ruidosa publicación por el Fondo de Cultura Económica de *Ideología y utopía* de Karl Mannheim. Como se sabe, Mannheim sostenía que el único grupo social capaz de conciliar los intereses y perspectivas de las clases en pugna era el de los intelectuales. Sólo ellos tendrían una visión amplia y certera de la sociedad y la historia, y únicamente ellos podían salvar a la libertad humana de dos prisiones de pensamiento: la *ideología* de las clases privilegiadas —la historia como desarrollo inevitable y justificado— y la *utopía* de los desposeídos —el ajuste social a través de la anulación del *ritmo* histórico.

En su ensayo-comentario publicado en junio de 1941, titulado “Responsabilidad de la inteligencia”,⁸ Medina valoraba como

⁷ *Idem.* exp. 155 y 277. Véase además:

José Gaos, *Cátedra de filosofía. Curso de 1939: curso público de introducción a la filosofía*, México, La Casa de España en México, s/f, 28 p.

Introducción a la filosofía. Cursillo de diez lecciones, idem.

José Medina Echavarría, *Cátedra de sociología encargada a...* [en la entonces Escuela Nacional de Jurisprudencia], México, La Casa de España en México, 1939, 29 p.

⁸ El comentario de José Medina Echavarría aparece en su libro *Responsabilidad de la inteligencia (ensayos sobre nuestro tiempo)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 15-25.

ejemplar de lo que ocurría entonces la experiencia de Mannheim, cuya tesis ponderaba como un acierto para guiar a los intelectuales en su labor. Cuatro meses después, Gaos publica “Un libro de nuestros días”, nota amplia que admite la importancia histórica del libro pero introduce un reparo perspectivista. Los intelectuales —apunta Gaos— son parte de la sociedad y no pueden poseer una apreciación global y certera del conjunto. Esta visión total sólo sería posible en Dios.⁹

La verdadera aunque amistosa confrontación sobrevino poco después. De la destrucción provocada “por los acontecimientos de julio del 36” en España —así, con eufemismos, se referían los intelectuales españoles a la guerra civil—, Medina Echavarría pudo salvar la parte histórica de su *Introducción a la sociología contemporánea*. En 1940 la publicó en México con el título de *Panorama de la sociología contemporánea*, obra ejemplar donde la distribución de autores y temas es difícilmente superable. Con todo, Medina declaró su insatisfacción por la falta en el libro de una segunda parte, dedicada a las cuestiones teóricas y metodológicas de la sociología. Muy pronto subsanó el problema. Ese mismo año de 1940 dictó unas conferencias en la ciudad de Morelia, cuyo desenlace fue el libro *Sociología: teoría y técnica*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en agosto de 1941. Con él, Medina cumplía su viejo afán de completar la *Introducción a la sociología contemporánea* con una parte sistemática. Tanto en la determinación del objeto como en el enunciado y descripción de los métodos, Medina estaba sorprendentemente al día de lo publicado hasta entonces en distintas lenguas. *Sociología: teoría y técnica* es, aún ahora, una hazaña de la lengua española.

Al poco tiempo de la publicación de este libro, José Gaos lanzó a su amigo Medina un comentario en forma de carta abierta que tituló “Dios nos libre de las ciencias sociales”.¹⁰ Gaos reconoce la calidad de la obra, la gran información y la justeza con que muestra la sustantividad de la sociología general. No sólo los sociólogos se interesarían en el libro, el tema también llamaría la atención de los legos. De allí que Gaos le advirtiese:

⁹ Ese comentario de José Gaos vuelve a aparecer en su libro *Filosofía de la filosofía*, México, Editorial Stylo, 1947, pp. 353-358.

¹⁰ Recogido en José Gaos, *Pensamiento de lengua española*, México, Editorial Stylo, 1945, pp. 333-339.

Se comprende, es natural, que pugnes por la sustantividad de la Sociología general, ya que te has definido como sociólogo, en general: es pugnar por la propia personalidad.

Pero ¿qué podía importar “a los demás” que Medina pugnara por *su* personalidad a través de la afirmación de la sociología como ciencia? Para Gaos, lo que Medina mostraba, en el fondo, era una voluntad de dominar la voluntad de otros seres humanos:

[. . .] lo decisivo es, pues, la pugna por la ciencia. Y, verdaderamente, es y será decisiva [. . .] Porque se trata en definitiva de un *querer*. Se ve perfectamente cuál es su “ideal” —naturalista— de poder, de dominación.

Si Medina hablaba de librar a la ciencia social de la charlatanería y del sentimentalismo para darle el rigor necesario a la observación y el tratamiento de su objeto, era porque quería tratar al hombre con la eficiencia del ingeniero. Esto era terrible. Según Gaos equivalía a destruir las posibilidades de la libertad humana. Era quitar motivos al hombre, hacerlo objeto de cálculos, conducirlo, manipularlo. De cumplirse la voluntad de poder oculta tras las ciencias sociales, no habría lugar para los efectos, para la solidaridad, para los impulsos creativos y otras nobles cualidades humanas, fruto —como las innobles— de la irracionalidad. Se destruirían también el amor al saber y el espíritu contemplativo, para dar lugar a un saber utilitario, a técnicas que en manos de hombres insensibles conducirían al automatismo (cuyas pruebas se palpaban ya en la eficiencia de la propaganda bélica de sus días). Era mejor, concluía Gaos, implorar a un Dios omnipotente desde la consciente asunción de nuestras limitaciones humanas, que crear hombres con poderes de manipulación social ilimitados.

Gaos había extremado sus argumentos. Tuvo sus razones y sinrazones para hacerlo. Medina meditó su respuesta. La terminó de escribir en febrero del año siguiente y la publicó, junto con la carta de Gaos, en *Cuadernos Americanos* con el título “En busca de la ciencia del hombre”.¹¹ Medina reconoció que el punto de partida de su amigo era acertado: su *Sociología: teoría y técnica* era, en efecto, un intento de definir la ciencia social y precisar sus alcances. Pero el fin que Gaos le achacaba era inexacto:

¹¹ Recogido en José Medina Echavarría, *Responsabilidad de la inteligencia*. . . , *op. cit.*, pp. 27-36.

En esencia —decía Medina— se trata de lo siguiente: el estado, ya intolerable, de nuestra civilización, ¿es susceptible de una cura racional o hay que abandonarse sin esperanza al propio juego de las fuerzas ciegas? Con fe aún en la primera alternativa, quise destacar el valor de las ciencias sociales, como uno de los elementos fundamentales de esa posibilidad.

Medina estaba lejos del ideal naturalista, en momentos en que la historia mostraba los horrores de la automatización, no buscaba tampoco una anulación del humanismo. Precisamente porque entre la vida autonómica y la vida automática había una gama de posibilidades intermedias, tocaba a la ciencia social alumbrarlas para que el hombre usara conscientemente de su razón, histórica y relativa pero razón al fin. Tal era la misión de la ciencia. No había que buscarle otras finalidades.

La ciencia cumplía así su función para “los demás”. Era instrumento de certeza. Pero como entre “los demás” se hallaba su amigo el filósofo, había apelado a la filosofía:

Se habla de la necesidad de una nueva fe, de nuevas creencias. Estoy de acuerdo. Y creo que la filosofía, respondiendo a lo que ha sido en sus épocas clásicas, tiene hoy en esto su verdadera tarea. La filosofía es visión, iluminación, reconstrucción total. Pero dudo mucho que recupere ese papel, si en el futuro se vuelve de espaldas a lo que la ciencia representa ya definitivamente en la vida humana y la política como destino colectivo.

Así terminaba, en febrero de 1942, el cortés enfrentamiento entre los dos amigos. Lo que siguió a partir de entonces fue un ambiguo desencuentro, no de amistad y lazos afectivos —éstos se conservaron pese a la distancia geográfica que más tarde medió entre ellos—, pero sí en sus distintas concepciones de la labor intelectual.

4. Lealtad del intelectual

Gaos empezó a cosechar los primeros éxitos de su labor docente y de investigación en el campo de la historia de las ideas de México e Hispanoamérica. Discípulos notables, libros, artículos y traducciones dejan constancia de su labor. Medina no le fue a la zaga: trabajaba en el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, impartía cursos, participaba en las *Jornadas*, nombre

dado a las publicaciones de ese Centro que acogían temas fundamentales para las ciencias humanas. La labor docente se respaldaba con traducciones, ensayos y críticas que los mismos autores llegaron a salvar de la dispersión, agrupándolos en libros.

Medina Echavarría había escrito varios ensayos desde su llegada a México. Los reunió en el libro *Responsabilidad de la inteligencia* (Fondo de Cultura Económica, 1943). Los trabajos tenían como hilo conductor la ética del intelectual frente a la crisis política de su tiempo. Para destacar esa unidad de propósito, Medina escribió unas líneas introductorias en las que hablaba de la experiencia de la emigración de los intelectuales europeos, hecho que confirmaba la íntima relación —percibida sólo en los momentos de brutal rompimiento— entre la comunidad y los intelectuales obligados a desarraigarse de su ambiente original. Puso de manifiesto las ventajas de los emigrados de habla hispana acogidos en Hispanoamérica, rodeados de un medio propicio para intensificar y continuar sus labores. Pero el meollo de esas líneas era el señalamiento de los peligros de la “vida vicaria” en la que había venido cayendo el intelectual: ese hombre que disertaba sobre lo que ocurría o debía ocurrir en distintos ámbitos de la vida social, pero que no era capaz de participar en ellos y de pagar el precio de la responsabilidad.

Era un tema de dolorosa actualidad. En 1944 Jesús Silva Herzog, fundador y director de *Cuadernos Americanos*, recordaba que muchos intelectuales de primer orden habían perecido ya violentamente, unos tenían que emigrar, otros se plegaban a las exigencias del irracionalismo, asumían una actitud cínica o se refugiaban en alguna confesión religiosa, dejando libre el paso a las fuerzas del totalitarismo, la guerra y el desastre. Llamó a una “mesa rodante”, comentarios de temas planteados en escritos sucesivos de participantes escogidos por su reconocimiento en la labor crítica. La mesa se llamó “Lealtad del intelectual” y en ella intervinieron, aparte de su iniciador, Mariano Picón Salas, José Gaos, José Medina Echavarría y Juan Larrea.¹²

En su intervención, José Gaos afirmó que el intelectual era producto de un largo proceso histórico, un hombre profesionalmente definido en la cultura occidental donde la especialización es inevitable y no exenta de ventajas. Como hombre, el intelectual podía participar de los problemas de su sociedad, pero en

¹² *Cuadernos Americanos*, año 3, núm. 3, mayo-junio de 1944, pp. 32-48.

cuanto profesional de las ideas ¿debía exigírsele una postura especial y distinta a la de otros hombres en la solución de los problemas? Quizá sí, admitía, como proveedor de ideas y medios de solución, aunque sin rebasar los límites de su capacidad.

Pero si el intelectual intentaba poner en práctica sus ideas, tendría que enfrentarse con los políticos en su propio terreno, convirtiéndose muy probablemente en un político bisoño. Las ideas debían entregarse a quien estuviera en condiciones de llevarlas a la práctica. El intelectual hallaba su satisfacción en idearlas y compartirlas. El político —como profesional del poder— hallaba la suya en ejercer el poder, y el poder no se comunica ni comparte: existe el marido consentidor que perdona y comparte a su mujer, pero no se ha conocido al político consentidor. Por lo demás, concluía Gaos, los hombres de ideas con genio político han sido siempre casos históricos de excepción.¹³

Medina señaló los alcances sociales y concretos del tema. El que se planteara el problema del intelectual en la política era sintomático de una sociedad desquiciada, en la cual era frecuente buscar soluciones guiándose más por la apariencia de los prestigios adquiridos que por el contenido de los problemas. A los intelectuales se les reconocía el *status* adquirido en la sociedad por su desempeño en papeles ajenos al quehacer político y se les llamaba a las agencias del poder sólo cuando los profesionales del poder agotaban sus propios recursos. El intelectual en esa situación hacía uso de un *status* hueco:

El profesor de arqueología o el novelista —decía Medina aludiendo a ejemplos frecuentes en el ambiente de esos días— que hacen política suelen manifestar la tendencia a transferir a ese ámbito su prestigio profesional o literario y a encubrirse luego en sus otros dominios con el halo mayor o menor de su prestigio político o meramente “administrativo”. Tal cosa es un fraude social y muchas veces un doloroso desengaño personal.¹⁵

Todo auténtico intelectual, decía Medina, vive los dolores de su ciudad como una angustia personal, pero la meditación pública sobre esos problemas debían hacerla quienes poseyeran un auténtico *talento político* —cualidad nada común y, por supues-

¹³ Cfr. *idem.*, pp. 37-40.

¹⁴ Cfr. *idem.*, pp. 40-43.

¹⁵ *Idem.*, 43.

to, inexistente en quienes vivían de hacer traslapes irresponsables de prestigios sociales.¹⁶ Esta vez la visión de los amigos había sido convergente.

5. Medina: papeles de sociología

Medina continuó sus jornadas de docencia y de investigación, pero a finales de 1945 pensó nuevamente en emigrar. En diciembre salió a Colombia como profesor invitado, regresó brevemente a México y partió de modo definitivo en el verano de 1946. Su siguiente estación fue Puerto Rico. Abandonó México sin cosechar mucho de lo bueno que había sembrado. Volvería sólo esporádicamente. A juzgar por los reclamos amistosos que le hiciera Alfonso Reyes prometiéndole que las cosas mejorarían en El Colegio de México, Medina se iba disgustado. Más allá de cualquier malentendido —decía Reyes— lo cierto es que aquí se le quería y esperaba con ánimo de reemprender las labores tal como él lo quisiera (el malentendido había sido un altercado personal con Cosío Villegas).¹⁷ Medina no regresó. Estaba dispuesto a ensayar otra vida en la Universidad de Puerto Rico, donde permaneció hasta 1952, cuando fue contratado como editor (esto es, como corrector y esclarecedor del estilo de los economistas —labor hercúlea y acaso imposible) por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de las Naciones Unidas.¹⁸

En México se recogieron algunos trabajos suyos de épocas anteriores y de los primeros que planeó en la Universidad de Puerto Rico (“Presentaciones y planteos, papeles de sociología”, *Cuadernos de Sociología*, UNAM, 1953). Uno de aquellos ensayos, “Vida académica y sociedad”,¹⁹ contiene una tesis hoy más que nunca vigente en México. Quienes politizan la vida académica —decía Medina— pervierten los fines de la universidad, la convierten en universidad militante:

¹⁶ Cfr. *idem.*, pp. 43-44.

¹⁷ Esa correspondencia entre Alfonso Reyes y José Medina Echavarría se encuentra en ACM, exp. 277.

¹⁸ Adolfo Gurrieri, “José Medina Echavarría, un perfil intelectual”, *Revista de la CEPAL*, núm. 9, Santiago de Chile, diciembre de 1979, pp. 119-173. Reimpreso en *La obra de José Medina Echavarría*, selección y estudio preliminar de A. Gurrieri, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1980.

¹⁹ J. Medina Echavarría, “Presentaciones y planteos. . .”, pp. 7-47.

[En ella se presenta] la trasmutación del enfrentamiento crítico de las teorías dentro de la esfera intelectual, admisible y necesaria. . . , en una punta de personas y agrupaciones. Acarrea necesariamente la interpretación de la libertad de cátedra como libertad de plataforma; el análisis científico toma la figura de propaganda y el mantenimiento razonado de una convicción se convierte en adoctrinamiento sin mesura. De modo también inevitable, los partidos y movimientos combatientes en el ámbito nacional aprovechan sin empacho la plasticidad juvenil para manejar sin dificultad al estudiantado. . . La universidad acaba por abandonar en su ardor militante su propia tarea. . . , desde la aparición de las tensiones clasistas y, sobre todo, de la formulación de partidos con una dialéctica de violencia, la concepción de la Universidad militante ha sido un fermento de caos. El problema es grave porque el destino de una sociedad liberal marcha unido al destino de la Universidad libre y no puede aceptar el fácil corte al nudo gordiano que es la salida totalitaria.

La universidad del presente debería evitar tanto la asepsia como la militancia. Su ideal era una “universidad participativa”:

En la Universidad, como congregación de afanosos del saber, todo puede y debe ser examinado, en efecto, sin restricción alguna; lo que en la calle circula como demagogia, como cobertura ideológica, como encuentro de intereses, puede acrisolarse en la cátedra y ser reducido a sus modestas proporciones de verdad limitada, si es que la tiene. La sociedad no pierde sino gana con lo que puede ser excepcional conducto —precario sin duda— de serenidad; de él puede venir, aunque no se escuche, el consejo desapasionado que da el conocimiento de lo objetivamente posible.²⁰

En otro ensayo, “Acercas de los tipos de inteligencia”,²¹ Medina clasifica tres actitudes del intelectual frente a la sociedad: 1) la inteligencia “funcional”, que asume los problemas cotidianos de la vida social con saberes establecidos y aprobados por la sociedad, que asegura a sus portadores un *status* seguro; 2) la inteligencia “desvinculada o distante” de quienes tienen una visión aristocrática de la vida y son capaces de esquivar meditativamente los embates de la historia, seguros del retorno a una situación favorable o, por lo menos, bien valorada (¿pensaba Medina en Gaos?); 3) la “inteligencia marginal”, manifiesta en los momentos y personajes críticos del acontecer histórico: el líder carismático, el sabio extraordinario, capaces de vislumbrar caminos

²⁰ *Idem.*, pp. 25-26.

²¹ *Idem.*, pp. 67-92.

o saberes nada usuales. En ninguno, al parecer, cabía su propia personalidad vicaria.

6. Gaos: la vida auténtica

En los años cincuenta, debido a los desajustes presupuestales de El Colegio de México, Gaos se había visto en la necesidad de dar clases en la Universidad Femenina de México y en el Mexico City College. Lo hizo con resignación y sin abandonar su cátedra original en la UNAM. Este peregrinar concluyó cuando se crearon los cargos de tiempo completo, de los que fue, con merecimiento indiscutible, uno de los primeros beneficiarios. En la plenitud de su carrera, Gaos seguía preocupado por la relación entre cultura y política. Sus *Confesiones profesionales*, dictadas en 1953 y publicadas en 1958, señalaban la necesidad de ponerse en guardia contra el afán de lucimiento (el vedetismo) y los coqueteos con la política. En 1965 nos daba un curso de antropología filosófica. Por aquel entonces era yo un devoto lector de obras de sociología del conocimiento y platiqué con él sobre los textos de Medina. Le pregunté su opinión sobre la “vida vicaria”. Gaos, asturiano brusco como era en sus respuestas, me dijo poco más o menos lo que sigue:

– Mire usted: Pepe Medina habla de la vida intelectual como vida vicaria porque es un nostálgico de la política. Él, más conscientemente que otros, piensa que la vida intelectual es vicaria o sustituta de la vida de otros que no son los intelectuales: de los políticos. Cuando trabaja intelectualmente piensa en la política. Tuvo un cargo en las Cortes cuando la República, y esto no se le ha olvidado. Como tampoco se le ha olvidado a muchos de mis compañeros de exilio, pues desde su llegada a estas tierras no han deshecho el equipaje; están, hace ya casi treinta años (esta conversación era en 1965), pensando en regresar a participar en la República Española, en una república que liquidó sus posibilidades hace mucho tiempo.

Pero si uno hace de la labor intelectual el fin real de la vida, esa vida, esa actividad no son vicarias. No lo son, porque lo que las hace vicarias es el quererlas rebasar, darles y darse un destino fuera de su propia vida. Si la actividad intelectual se asume enteramente, es vida auténtica, propia. Limitada, cierto, como lo es toda vida, como la vida del político quien, según creo, enfrenta también limitaciones, más insufribles a veces que las que padece el intelectual.

En 1962 había dictado una conferencia en la Universidad de Puerto Rico, sobre “La vida intelectual”, a la que subtituló, con

palabras de Ortega y Gasset, "El tapiz por el revés".²² En esa conferencia Gaos detallaba los afanes, las frustraciones y los amargos accidentes que nutren las expresiones más bellas y "desinteresadas" de filósofos, pensadores e intelectuales. El afán y los fracasos de estos "profesionales de la soberbia" se ejemplifican en esta conferencia con figuras célebres y esbozos de lo que ocurre en las instituciones académicas donde predominan los criterios masivos sobre los creativos. En ellas, señala Gaos, se procura la competencia en actividades que no deberían ser objeto de competencia, haciendo *nec-otium* de lo que sólo puede lograrse *cum-otium*. En las instituciones académicas se había impuesto el criterio de la producción fabril y la competencia comercial, se obligaba a sus agentes a "producir" el mayor número posible de publicaciones, a escribir a como diera lugar y entregar al "público" —no necesariamente lector— cantidades crecientes de "basura editorial".

Pero lo realmente lamentable era que los propios intelectuales, gente que vivía *de* y *para* las instituciones académicas, se habían impuesto criterios de producción y "eficacia". Se desdeñaba el cometido propio de la "vida contemplativa", lo que había que defender a capa y espada. En febrero de 1962, cuando Gaos pronunciaba esta conferencia, veía con claridad sus propios límites vitales: en 1958 había sufrido el primer ataque cardíaco. Ahora menos que nunca podía cobijar ilusiones sobre actividades que rebasaran el coto estrecho de su vocación. Conforme se acercaba el final de su vida, el ideal contemplativo le parecía cada vez más justificado:

Hay quienes no pueden vivir, si no piensan que su vida marcha en el sentido del futuro y coopera, por poco que sea, al advenimiento del futuro.

Hace ya bastantes años que vengo haciendo la experiencia de vivir perfectamente sin pensar en nada semejante.

Prefiero ser el último heredero de una casa de acreditada nobleza, a ser cofundador de una casa de incierta alcornia.

Y, si pienso así, es porque pienso más a fondo que ni el fracaso histórico es refutación del ideal, ni el éxito histórico justificación de lo real.

²² Se encuentra en José Gaos, *De antropología e historiografía*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1967 (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 40), pp. 245-282.

Y si pienso así es, a su vez, porque pienso, ya a fondo del todo, que la historia no es puramente razón, sino irracional mezcla, más que racional síntesis, de razón y sinrazón.²³

En estas reflexiones se oye un eco de la Guerra Civil española. Esta experiencia dibujó en Gaos un escepticismo político que, extrañamente, no desembocó en el nihilismo. Dos testimonios lo confirman:²⁴

La causa de la República fue una causa valiosa. El haber resultado una causa perdida no la invalida en la historia. La historia no es razón pura: es irracional en gran proporción. La causa de la República, tal como la concebimos muchos, fue una buena y bella causa: sus fieles debemos serlo hasta el final, absteniéndonos de renegarla por incorporarnos a la marcha de la historia, aunque con la abstención se queden nuestras vidas históricamente inoperantes —salvo con el ejemplo de leal culto a la causa debida (1966).

La causa de la República fue una buena, bella, noble causa: quiso sacar al pueblo español de la situación inhumana en que vivía, haciendo el menor daño posible a quienes lo mantenían en ella para beneficio propio. Para que sólo en un lustro no hubiera podido hacerse los reproches que se le hicieron, hubiera necesitado tener un acierto y un éxito exclusivos y fulminantes, que no había derecho a pedirle en tiempo tan cortísimo históricamente. Y la República sucumbió más que nada por las acciones y omisiones internacionales, de intereses ajenos o contrarios a los de España. *Es un deber y un honor ser fieles a aquella causa hasta la muerte, aunque ello requiera quedarse a la vera de la historia, que es la parte de razón de ésta que no llega a ser real* (1967).

Es una lástima que Gaos no viviese para ver el ascenso de la democracia en España. Acaso su escepticismo hubiese adquirido tonos más sonrientes, menos pesimistas. Su estoicismo final —estoicismo de una inteligencia “desvinculada o distante”— lo condujo a una definición de la *Historia de nuestra idea del mundo*, como pesadumbre:

[. . .] la historia de la idea del mundo es la progresiva e inminente extinción de esta idea: el reemplazo de un mundo con una *idea* del mundo sin idea del mundo. . .

Porque este mundo es el mundo para el que proclamó Marx que no había que seguir contemplándolo especulándolo, como hacían los

²³ *Idem.*, pp. 281-282.

²⁴ Los textos citados se encuentran en Vera Yamuni, *José Gaos: el hombre y su pensamiento*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 39. El subrayado es mío.

filósofos, que andan hoy muy de capa caída, sino que había que hacerlo otro, como se esfuerzan por hacerlo los revolucionarios y los técnicos, que son los auténticos señores de nuestro mundo.²⁵

Palabras que recuerdan las visiones pesimistas de la historia occidental difundidas por Spengler y Scheler en el periodo de la entreguerra. Su tema, el triunfo del *homo faber* sobre el *homo sapiens*, constituye también uno de los hilos centrales de la obra de Gaos.

7. Humanismo y desarrollo

En *José Medina Echavarría: un perfil intelectual*, Adolfo Gurrieri habla del aislamiento académico que padeció Medina de 1946 a 1952 en la Universidad de Puerto Rico. Ya en Chile, como editor de la CEPAL y de nueva cuenta influido por los ideales de planificación humanista de Mannheim, Medina procura explicar, criticar y sugerir las implicaciones humanas del desarrollo, superando los estrechos límites de las técnicas de planeación económica. En los años sesenta, y sin abandonar sus tormentosas exigencias ontológicas y epistemológicas, Medina se concentra en el estudio de la realidad latinoamericana.

Medina exigió una visión filosófica del desarrollo. En sus dos últimos libros, *Filosofía, educación y desarrollo* (Siglo XXI Editores, 1967) y *Discurso sobre política y planeación* (Siglo XXI, 1972) muestra su inconformidad con los estrechos límites de la racionalidad técnica o racionalidad formal. En los años sesenta, la sola posibilidad de un humanismo racional en la planificación parecía ahogarse cada vez más. No era posible rescatar los proyectos de reconstrucción de la posguerra. Nuevas tensiones y conformaciones sociales hacían ineficientes los propios medios de estudio de las ciencias sociales. En 1966, en una charla en El Colegio de México, Medina señalaba la aparición de realidades *marginales* que carecían de acomodo en los esquemas habituales de las ciencias sociales. "Sus categorías —decía— datan del siglo XIX y nosotros pretendemos aplicarlas a las realidades del siglo XX."

²⁵ José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1973. Reimpreso en 1979, p. 744.

El tema principal de la obra de Medina fue la falta de una visión orientadora en las ciencias sociales. En la etapa final de su vida, su labor intelectual apuntó con más vigor esa carencia y ensayó caminos para remediarla. Tenía frente a sí la experiencia más evidente de esa falta: los medios técnicos del desarrollo económico que se elaboraban en los organismos internacionales resultaban cada vez más ineficientes y ciegos frente a los auténticos problemas sociales. Para enfrentar esta situación, Medina propuso y dirigió planes de estudio destinados a lograr visiones responsables de los problemas del desarrollo.

En sus últimos años reafirmó el jusnaturalismo que sostuvo, si bien críticamente, en sus mocedades como profesor de filosofía del derecho.²⁶ Ortega y Gasset —a quien Medina citó reiteradamente en sus escritos de juventud y de madurez— hablaba de la diferencia entre *ideas* y *creencias*. Las primeras se nos ocurren, las tenemos, mientras que las creencias nos mantienen, pues en ellas *estamos*. No podemos renunciar a las creencias aunque a veces “los hechos” nos hagan ver la imposibilidad de su “realidad”. Pese a la cantidad de “realidades” que la niegan y a las cuales parecen amoldarse los dueños y los profesionales de la técnica y del poder, Medina indicó siempre un ideal, una creencia en la que generación tras generación se *está*: la libertad humana.²⁷

En un mundo desidealizado, lo que queda es la voluntad de ser fieles a una “noble causa” como dijera el compañero de juventud, el amigo con quien Medina siguió dialogando a pesar de las diferencias de parecer y las distancias geográficas. Así lo demuestra la dedicatoria de su último libro, el *Discurso sobre política y planeación*, publicado en 1972, cinco años antes de su muerte, tres años después de la de Gaos:

EN MIRECUERDO DE JOSÉ GAOS Y SU FRATERNAL EJEMPLARIDAD

²⁶ José Medina Echavarría, *La situación presente de la filosofía jurídica*, Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, 1935.

²⁷ La conciencia de Medina Echavarría sobre las dificultades del mundo actual para construir un ideal de libertad se apunta en toda su obra y más claramente en su último escrito, “Apuntes acerca del futuro de las democracias occidentales”, publicado después de su muerte en la *Revista de la CEPAL* (núm. 4, segundo semestre de 1977, pp. 115-138) y reproducido en *La obra de José Medina Echavarría*, pp. 449-488. Allí se advierte que ante los problemas sociales no cabe sino afirmar gobiernos que gobiernen efectivamente, pero no a costa del empequeñecimiento de los gobernados, pues esto significa la destrucción misma del objeto del gobierno. La idea final de ese ensayo es una cita de John Stuart Mill, después de recurrir constantemente a Daniel Bell.

